



Fenómenos para normales

LUIS MATÍAS
LÓPEZMagrinyà, vanguardia
y clasicismo

Luis Magrinyà es un buen editor que, en Alba Clásica, acaba de rescatar varias piezas inéditas de Stendhal (*Narraciones y esbozos*) y, por primera vez en castellano, una notable obra de Dickens: *La señora Lirriper*.

También es un escritor de voz potente y reconocible, que en 2000, con *Los dos Luises*, ganó el Herralde de novela.

Ahora, Magrinyà sorprende con *Habitación doble* (Anagrama), ocho textos agrupados de dos en dos, con conexiones tan leves que a veces son invisibles. Es difícil hallar lo que liga la conversación dramatizada de tres franceses sobre recuerdos comunes y expectativas individuales con un ensayo sobre el libro en el que el padre del asesino de Milwaukee expía los pecados de su hijo, o los suyos. La relación padres-hijos es, si acaso, lo único que algunas historias tienen en común.

La protagonista de uno de los relatos es una editora que vive con un cantante indie al que dobla en edad, que almuerza con su futura suegra y admite que publica malos libros. Todo un guiño, como si Magrinyà insinuase: "A mí no podrán reprocharme eso; por algo edito clásicos". En otro texto, varios médicos celebran una cena y se preguntan quien será la dama misteriosa que acompaña al gerente del hospital y que sólo con groserías rompe su obstinado silencio.

Dice Magrinyà que él ve la literatura como una habitación para ser libre, que su lema es combatir la importan-

cia, y que así publica lo que no puede en otros medios, aunque la actualidad tiene presencia notable, con comentarios sobre el caso *Madeleine*, el heroísmo de Esperanza Aguirre durante los atentados de Bombay o el proyecto de Florentino Pérez en el Real Madrid.

Pese a tanta advertencia, estos textos son literatura en estado puro, prosa sólida, narraciones coherentes, menos vanguardistas de lo que pretenden, y maldito si eso importa. Con ecos de los clásicos rusos (Chéjov sobre todo) que a su autor le gusta tanto editar.

Ggol en escena

Es difícil imaginar la admiración que los rusos, un pueblo que puede amar a sus escritores hasta deificarlos, muestran por *El inspector*, de Nikolái Gógol, al que Nabokov llegó a definir como "el más extraño poeta en prosa que jamás produjo Rusia" (*Curso de Literatura Rusa*, RBA).

La comedia, representada con frecuencia en Occidente, no siempre ha tenido la traducción que se merecía. Una deuda que paga con creces la cuidada edición de Alba, que incluye otras dos piezas del autor de *Las almas muertas*: *El casamiento* y *Los jugadores*. Fernando Otero Macías y José Luis López Fernández no sólo traducen, sino que además seleccionan reveladores análisis de Jan Kott, Vassarion Belinski y Andréi Biely.